

La Isla de los Sodomitas

OSCAR ERNESTO VELARDE CORONEL

Image not found.

Capítulo 1

“Amarás y recordarás al líder... ante todas la cosas”

LA ISLA DE LOS SODOMITAS

OSCAR E. VELARDE

30/07/16

Prólogo

14. Prejuicios en la edad contemporánea

Se veían decenas de cadáveres tendidos en lo más recóndito de “La gran urbe”; aunque para muchos, la muerte era lo más agraciado que pudiese pasarles, como un anhelado tesoro que les haría descansar de una vida llena de martirio, a causa de su delito.

Los que lograban sobrevivir, solo debían esperar a cumplir la mayoría de edad, para ser enviados a aquel lugar, que el líder supremo del país manipulaba como una promesa de “restablecimiento”, por lo que supuestamente se trataba de un viaje para su propio bienestar. Aunque casi nadie lograba hacer ese viaje, porque morían mucho antes, abandonados por su familia y suprimidos por la misma sociedad. Era común encontrarse a hombres y mujeres jóvenes, implorando ayuda en las calles de la ciudad; muchas veces quebrantados con palos o sabe que otras cosas semejantes.

El país tenía un estricto control de natalidad, ya que no querían dejar pasar a ningún “sodomita”, como eran nombrados vulgarmente; por ni siquiera tener el derecho de llamarles por su nombre. El procedimiento iniciaba cuando nacían, siendo analizados por una máquina, que detectaba si el bebé en su crecimiento se convertiría en una de esas personas. Si la prueba era positiva, el infante debía portar dos aretes en la oreja derecha

para su identificación.

Mientras ese día llegase, dichos individuos vivían con el estigma de aquellos pendientes que brillaban de forma segadora a la luz del sol, por lo que eran reconocidos fácilmente en la sociedad, humillados y exhibidos en público. Eran jóvenes que vivían con miedo, privados de sus derechos civiles, muchos terminaban por suicidarse y otros más, intentando solucionar su problema, desgarrándose la oreja, arrancándose los zarcillos, pero lo único que ganarían sería llamar más la atención y un mayor castigo por intento de evasión. Por lo que, lo más sensato que podían hacer, era aceptar su destino, tratando de llevar una vida normal, escondidos entre la oscuridad de la noche.

Viviendo en un país en donde la homosexualidad es considerada un delito, todas esas personas serán tratadas inmediatamente conforme al protocolo y enviadas a ese lugar denominado simplemente como 'la isla'.

Capítulo 1

15. Huyendo de la ley

Ambas sabían que ese parto era de forma clandestina, por lo que las autoridades se hallaban tras el rastro de Winifer Reyes, quien había hecho hasta lo imposible para seguir escondiéndose del gobierno; estaba a punto de dar a luz, una partera se encontraba junto a ella.

Era un barrio pobre, perteneciente a "la gran urbe"; las ruinas de la vieja casona abandonada no logran ocultarlas más y Winifer es encontrada inevitablemente por varios hombres vestidos con traje negro y lentes del mismo color; al parecer, se trataba de agentes enviados directamente por el gran mariscal y líder supremo del país, quienes por algún motivo la llevan con perceptible celo a un hospital para continuar el nacimiento.

El motivo que orillaba a Winifer a huir, era porque quería evitar a toda costa ser llevada a una clínica, ya que no deseaba que su hijo fuera sometido a tales pruebas reglamentarias de homosexualidad, tenía miedo de que algo malo sucediese.

Aunque al final, termina por traer a su bebé al mundo en aquel lugar. Los médicos lo miran, estaba vivo, se trataba de un hermoso varón, se lo enseñan un momento a Winifer y lo toma entre sus brazos, le acaricia tiernamente la mollera, moviendo con cariño su poco cabello taheño,

luego le da un beso en la frente. Siempre tuvo un nombre en mente para su bebé, lo llamaría Diego, tal y como decía en su pulsera de identificación.

Después de unos minutos, aparece la figura de otro hombre en la sala de parto, vestido de la misma forma de quienes habían llevado a Winifer ahí, los presentes se tornan en silencio y se ponen firmes mientras el hombre pasaba frente a ellos. Era inevitable que Winifer no conociese aquella fragancia de su piel, el aroma a perfume que recubría la esencia y el traje de aquel hombre frente a ella, era el mismísimo líder supremo del país, ambos, se miran fijamente a distancia, parecían conocerse muy bien.

El semblante de Winifer cambia al verle, una expresión retadora hacia aquel hombre se dibujaba en sus verdes ojos, como si se tratase de un animal cuidando a una de sus crías, se aferraba a su hijo con fuerzas mientras lo arropaba en su pecho.

El hombre estaba interesado en el bebé, lo miraba fijamente mientras avanzaba hacia él. Winifer lo tenía entre sus brazos, intentaba protegerlo, no quería soltarlo, pero se lo arrebatan a la fuerza y tienen que ponerle un calmante para que se tranquilice. Estaba pasando exactamente lo que no quería, tras sus palabras de súplica, cansada por el complicado parto que había tenido y sumado los efectos del calmante, le imploraba a aquel hombre con una endeble y entrecortada voz, que no se lo llevase. Pero a pesar de sus esfuerzos, no puede evitar que su hijo sea conducido a realizarle los exámenes finales de homosexualidad.

Los minutos se hacen eternos para la desesperada madre, quien luchaba agobiada contra los sedantes por continuar despierta hasta ver a su hijo de nuevo.

Una joven enfermera entra otra vez a la sala de parto, mas en esta ocasión en sus brazos cargaba un bulto envuelto en una manta gris, en su cara podía apreciarse un evidente gesto de repulsión hacia lo que estaba cargando, lo miraba con desagrado y el ceño fruncido. De forma brusca y despectiva, casi aventándolo, se lo entrega a Winifer.

La manta le cubría casi toda la cabeza y por alguna razón la madre no se la quita todavía, se trataba de Diego, ahora podía verle mejor su rostro, porque le habían quitado parte de los rastros de sangre que cubrían sus facciones, pero se extraña al ver que la manta en que venía envuelto estaba demasiado sucia, por eso ese color gris que tenía y se da cuenta también, de que quizás no lo habían aseado de forma correcta, ya que había demasiadas huellas de sangre en su cuerpo.

Había una parte en particular que Winifer ansiaba verle a su hijo, su oreja derecha. Pero que no se decidía a hacerlo, sentía una opresión en el pecho que le impedía respirar. Pero debía ver que se escondía bajo aquella

manta y lentamente comienza a retirar la mugrienta tela que cubría su cabeza, un ataque de nervios la invade totalmente al ver lo que le habían puesto, llevaba dos brillantes aretes.

El destino de su hijo se tornaba incierto y para la joven madre, a pesar de haber vivido una experiencia traumática hace nueve meses antes, nada se comparaba con lo que sentía en ese momento, era lo peor que pudo haberle pasado en la vida. Un sentimiento de rabia incontenible hacia todos, hacia el mismo gobierno y sociedad con su ideología que motivaba la discriminación. Siente que el mundo entero estaba podrido. Obviamente no dejaría que su hijo sufriera, ni que se lo arrebatasen, nunca.

Caía la media noche, era cuando el hospital se tornaba más tranquilo y sin tanta protección. Winifer estaba despierta. Fuera de cama, se dirigía a las incubadoras, hace un par de horas se habían llevado a su hijo allí, pretendía sustraerlo y lo logra. Sale del hospital envuelta en una bata blanca, se sentía débil, pero con el coraje suficiente para hacer todo por su bebé.

Cruza la calle y un auto casi la arrolla, el conductor le grita palabras obscenas. La madre corre hacia una zona boscosa de la ciudad para esconderse. Pronto, la policía recibiría el reporte por parte del mismo hombre que casi la atropella y comenzaría la búsqueda.

Winifer corría junto a su pequeño, no sabía en donde estaba, solo avanzaba por instinto entre la espesa vegetación del bosque, una inmensa neblina hacía que la visión fuera casi nula y hacía mucho frío, por lo que debía encontrar algún refugio rápido. De repente, escucha ladridos de canes y mira luces de linternas que salían entre los troncos de los arboles, la policía estaba tras su pista, muy cerca de ella. Por lo que no podía detenerse y aunque estaba cansada, moriría si fuese necesario defendiendo a su pequeño.

La mujer tiene suerte, al fin, logra ver lo que parecía un pueblo al final del bosque, en realidad se trataba de un condominio campestre que apenas acababa de inaugurarse hace un par de meses.

Tenía que pasar una cerca de madera para poder entrar. Con su bebé en brazos, no le importa dañar el inmueble y comienza a patear el seto, abriéndose camino y descubriendo la zona. Logra ver un letrero grande de cedro que ponía con letras mayúsculas el nombre de "Amamanto", así se llamaba el condominio.

"Amamanto" era un lugar hermoso para vivir, un verdadero paraíso exclusivo para quienes buscaban llevar una vida más tranquila. A Winifer se le viene a la mente la idea de que algún día pudiese vivir en un lugar como ese junto a Diego. Mientras avanzaba alerta por las calles adornadas con adoquines ecológicos, descubría más de una decena de casas de

diferentes diseños con fachadas que armonizaban con el entorno, cada una ubicada en grandes lotes privados de varios miles de metros cuadrados rodeados de naturaleza que se mezclaban con ella. Ni siquiera la oscuridad de la noche podía tapar la belleza de aquella obra inmobiliaria, porque su iluminación, había sido pensada para brindar los más altos estándares en cuanto a elegancia y funcionalidad. Pero esto no favorecía en nada a Winifer, porque la hacía vulnerable a la vista de la vigilancia de veinticuatro horas de "Amamanto" y aunque no supiese que el lugar tenía personal de seguridad, suponía que tenía que andarse con mucho cuidado y aprovechar de cada sombra en donde pudiera esconderse, pero debía apresurarse, no podía confiar en nadie, venían tras su pista y no tardarían en encontrarla.

Sus habitantes dormían. A Winifer se le acababan las energías, deseaba estar dentro de cualquiera de esas casas y hacer lo mismo que todos. Había logrado pasar a uno de los lotes de una de las propiedades, pero no existía la forma de entrar a las casas sin que la descubriesen por el ruido del mecanismo de alarma.

Un sentido de depresión empieza a apoderarse de ella. Se da cuenta de que sus esfuerzos por escapar serían inútiles, ya no tenía fuerzas para seguir, ni siquiera para seguir luchando por su propio hijo, porque, de todas formas, a donde quiera que fuesen los perseguirían, nadie podía escapar jamás del gobierno.

Entre pensamientos y esa tristeza profunda que se acumulaba en el fondo de su ser, sin ni siquiera tener el vigor necesario para gritar y sacarlo todo, que aunque pudiese hacerlo, no lo haría, porque eso hacía más fácil el encontrarla. Se desploma de manera súbita pero sin lastimar a su hijo en la caída.

Ni siquiera las lágrimas podían asomarse de sus ojos, estaba totalmente seca. Su respiración se hacía cada vez más agitada, comienza a creer en la inminente muerte. Sin embargo, vagando en pensamientos y con la mirada perdida, veía a Diego, que a pesar de los disturbios y las bajas temperaturas, dormía como un ángel, aquellos sucios harapos resultaron ser más cómodos de lo que parecían. Winifer piensa que tal vez estaba muerto, pero se da cuenta que no, estaba vivo y esto la hace adquirir una fortaleza interna que recorre todo su cuerpo y la hace intentar levantarse otra vez y desear seguir adelante.

De repente, el motor de un automóvil se escucha a lo lejos, se estaba acercando poco a poco hacia donde estaba Winifer y Diego. Debía levantarse rápido si no quería ser descubierta dentro de propiedad privada, se batía en duelo con sus propias piernas temblorosas que se negaban a ponerse de pie. El sonido del automóvil y el alumbrado de las luces delanteras se hacía cada vez más cerca y al parecer, su destino era

esa misma casa quien ocupaban los dos fugitivos.

Pero antes de ser descubierta, logra levantarse del suelo y esconderse junto a Diego entre unos arbustos que rodeaban el lote, por alguna razón decide quedarse a observar a quienes viajaban en el coche, en el que venían un hombre, una mujer y un niño de unos tres años dormido en el regazo de la señora.

Era una joven familia que tal vez venía de alguna reunión, cada uno vestía de manera elegante largos abrigos negros. El señor baja del coche, se dirige a abrir la puerta de ella y toma en sus brazos al niño. Daban la impresión de ser un matrimonio unido, tierno y cariñoso.

Mientras veía aquella escena de esos desconocidos, a Winifer se le viene a la mente la esperanza de un mejor futuro para su niño con aquellas personas, ella era muy pobre y sería imposible defenderlo si el gobierno lo encontraba, quizás, aquella distinguida familia podría llegar a quererlo como a su propio hijo y con su poder económico, arreglarle la vida, mas también cabría la posibilidad de que se ensañaran con él y lo echasen a la calle a su suerte.

Todas esas ideas se le venían a la cabeza de forma estrepitosa a Winifer, mas debía ser positiva en su delirio como una última opción por salvar a su pequeño. Todo se conjugaba con la hermosura de "Amamanto" y en la conclusión de que quizá lo que pensó y soñó cuando llego allí, se haga realidad, aunque sea para él solamente. Estaba a punto de tomar una decisión.

Espera a que entren a la casa. Sale de entre los arbustos y se dirige hacia el timbre, se para enfrente de éste y tras remendar los harapos que cubrían a su hijo, lo coloca con delicadeza en el porche frente a la fachada de la casa, en cuclillas se despide de él dándole un beso en su faz, diciéndole que lo amaré toda la vida sea cual fuese su camino.

Posterior a eso, toca el timbre dos veces, observa a su pequeño otra vez, Diego estaba empezando a despertarse y cuando abre los ojos, comienza a llorar, siendo inevitable que Winifer llore también por él.

Se escuchan los sonidos de pasos desde dentro de la casa, alguien se acercaba a abrir la puerta, Winifer oprime los labios, comienza a vacilar en su decisión, pero se levanta y aprieta con fuerza sus manos, como si esperase a quien fuese que abriera la puerta para recibirlo con un certero golpe, con la intención de someter después a todos los habitantes de la casa y así poder entrar también junto a su hijo, pero era una locura. Se limpia las pocas lágrimas que lograban salir de sus ojos y nublaban su mirar, se aleja de su hijo lentamente sin perderlo de vista, caminando de espaldas, después compone su postura y corre a ocultarse de nuevo en

medio de los arbustos, observando a lo lejos.

La puerta es abierta por la misma señora refinada que venía en el coche, su sorpresa es tanta que casi se cae de la impresión, si bien no era de extrañarle ver a un desvalido 'Sodomita' en la calle, jamás imaginó encontrarse a solas con uno tan pequeño e inocente como el que tenía frente a ella, de esa forma tan íntima como esa noche, que en sus mismas manos quedaba ligado directamente el dilema de su destino. Lo toma en medio de sus brazos y lo apapacha intentando calmar el llanto del bebé. Mira la pulsera de identificación y luego voltea a los lados nerviosa, en seguida se oculta otra vez en su morada.

La policía y la seguridad del condominio estaban cerca, Winifer podía escucharlos, pero ahora que su hijo estaba dentro de la vivienda de esa familia, no podía arriesgarse a que lo encontraran, respira profundo y se echa a correr para despistar, corre hasta que su cuerpo se desmorona y perder el sentido.